

## Confesión de parte: mimesis y rapiña

Luisa Fernanda Ripa

1. Mi proceso vocacional estuvo marcado por mi pulsión de no quemar todas las velas y dejar abierta la puerta para cambios y salidas... Comencé a estudiar filosofía, pero aclarándome que “después” iba a estudiar letras... y teología. Pero me enamoré de la filosofía... También me había dicho que “lo mío” no era enseñar sino investigar... y me casé con la docencia...

Ir y seguir, enamorarme de la aventura de pensar y del matrimonio con enseñar, lo debo a mi maestro de Introducción y profesor en cuya cátedra me formé: Héctor Delfor Mandrioni. Sin pudores: usé sus textos, recorrí sus autores, imité sus clases.

2. Iniciamos la carrera en 1962 y el curso de Introducción a la Filosofía ha sido importante para la mayoría del numeroso curso de primer año<sup>1</sup>. Antes de cada clase en el pizarrón se anticipaba el contenido de la misma. El desarrollo abría horizontes y preguntas. Y frecuentemente se incluía la lectura de un texto. Progresivamente fue incluyendo la recomendación de alguna película que reflejaba esa parte de la filosofía que íbamos viendo.

3. El estilo de las clases de Mandrioni tenía la forma de un pensar ahí y pensar con los estudiantes. No pocas veces me iba de alguna clase –en los años sucesivos– para volver a escucharlo, y me parecía que los ingresantes “no pueden entender lo que está diciendo”. Sin embargo entendían. Porque tenía la habilidad de explicar para “distintos niveles de comprensión” exposición sencilla y profunda. Lograba un discurso comprensible para el alumno, la alumna de primer año e interesante para quienes habían avanzado. Siempre admiré esa capacidad de decir cosas tan hondas y accesibles. Dice Celina Lértora:

“Los intereses filosóficos de Mandrioni fueron variados y no exclusivos, no era solo un investigador sino también –y sobre todo– un pensador, alguien para quien la filosofía no era una ocupación, ni siquiera una profesión laboral, sino un modo de vida. Y esto lo transmitía tanto en sus escritos como en sus clases, sus conferencias, sus encuentros con alumnos y esa actitud alerta y reflexiva era también su modo de ser religioso, de ser sacerdote”<sup>2</sup>.

Era un apasionado. Platón en el *Fedro* afirma que la filosofía es producto de una “locura divina” que rapta al pensador. Mandrioni construyó una doble entrega: la que ya describimos hacia los estudiantes y la apasionada entrega a lo que aparece como digno, como necesario, como urgente... de ser pensado. Todo este estilo se unía a una enorme capacidad de cambio: era un estudioso entregado y no tenía reparos en modificar tesis y desarrollos ante un nuevo descubrimiento. Algunas veces bromeamos acerca de que Mandrioni “ya se había enamorado de un nuevo autor”.

Si una palabra puede resumir todo este estilo docente y peculiar es el respeto. La oferta de síntesis previa previa es un peculiar respeto al estudiante que puede ubicarse en el curso de la clase. Esta actitud de base chocaba con la de otros docentes que desarrollaban su clase sin pausa y no pocas veces nos perdíamos acerca del flujo de la misma. Ese respeto se ejercía en una escucha atenta: nadie se quedó sin oportunidad de hacer una pregunta o un comentario.

4. Todas estas notas de su enseñar y pensar me resultaron las propuestas de base de lo que quise fuera mi actividad docente.

<sup>1</sup> Celina Lértora ha publicado un libro rescatando sus apuntes personales y analizando la materia y el modo de filosofar de Mandrioni: Héctor Delfor Mandrioni *Apuntes de introducción a la filosofía – 1962*, Celikna Lértora Mendoza, editora, Buenos Aires, FEPAI, 2021

<http://bibliotecafepai.fepai.org.ar/Libros/Filosofia/Mandrioni-%20Apuntes%201962.pdf>

<sup>2</sup> Ob. cit., p. 6.

Aprendí que preciso ejercitar la paciencia para escuchar hasta el final. No interrumpir ni cortar lo que el o la estudiante están expresando. Como enseguida integré como ayudante en su cátedra, asistí a muchas horas de exposición de las o los alumnos, en preguntas o comentarios en clase, en las mesas de examen. Como esta actitud de escucha y esta virtud de paciencia no son lo que me habían definido, hice una verdadera conversión mental, pero sobre todo, cordial, para poder lograrlas.

La anticipación de los temas a tratar la entendí como empoderamiento. Docente y alumno saben de qué se trata y cómo es el derrotero de lo propuesto. Ese empoderamiento del alumno permitió que alguna o alguno pudiera levantar la mano y advertir que salteaba un tema o que el tiempo restante me obligaba a no detenerme tanto. En la universidad pública (UNQ) logré que los estudiantes que querían inscribirse pudieran contar previamente con un programa preciso. Fui incluyendo esquemas de las clases. Estimé como la manera como muchos cursantes podían “moverse” en ese mundo de temas y nombres: estudiantes que no querían estudiar filosofía (no existía esa carrera) pero a los que se los invitaba a pensar lo que pasa y lo que nos pasa, desde la común condición de inquietud humana.

Intenté modificar el estilo de los exámenes, pasando de la repetición a una devolución personal y fundada. Decidida a no soportar más que me repitieran lo que yo había dicho, con los mismos ejemplos y hasta el mismo énfasis, pedía una devolución que fuera una elaboración personal y que se sostuviera con el material aprendido en la cursada<sup>3</sup>. Entre una exposición minusiosa de todo los contenidos sin análisis personal y una simbólica entrega, carente de relato, el examen final era una construcción “personal” y “fundada”. Tuve un éxito relativo: el supuesto de aprobar gracias a repetir lo aprendido, era fuerte<sup>4</sup>.

**5.** Como fui muchos años consejera departamental libré una larga batalla para lograr la anticipación del programa. La mayoría de mis colegas venían de instituciones donde anticipar el programa completo no sólo no era una práctica sino que, a veces, nunca se presentaba. Contaba a mi favor con el Estatuto de la Universidad incluía la obligatoriedad de que los programas fueran aprobados por el Consejo. Pero la oposición por la práctica consuetudinaria era muy fuerte.

Finalmente se impuso cumplir con esa obligación y permitió observar, desde lo institucional, excesos en contenidos o en bibliografía que convertían al programa en mentiroso. Mi argumento más fuerte fue que el programa es un contrato. Primero, entre docente y alumnado, porque están acordados los pasos a seguir para aprobar la materia. Segundo, con la universidad: eventualmente puede cubrir la materia. Tercero, con la sociedad: asegurando contenidos específicos en los certificados analíticos.

## **6. Cierro con tres anécdotas**

A iniciativa de los ayudantes creíamos que Mandrioni no debía seguir dictando temas generales sino algo de su producción filosófica peculiar, en un hermoso trabajo comunitario se redefinieron los distintos

<sup>3</sup> En los parciales planteaba preguntas análisis, no de exposición. Recomendaba que llevaran sus textos y apuntes. Hacía siempre una pregunta más: si debían contestar cinco, planteaba seis, dando la oportunidad de que descartaran una (la mayoría contestaba las seis). Recomendaba que tuvieran un borrador donde adelantar las respuestas y que comenzaran por la pregunta más que les resultara más fácil hacia la más difícil. Este modo que tranquilizaba el ejercicio al no exigir una memoria precisa, fue muy exitoso, a mi juicio.

<sup>4</sup> Pero tuve muchos trabajos interesantes. Y recuerdo algunos como notables: una alumna diseñó un juego de la oca en el que los conceptos claves que habíamos aprendido eran las celdas del juego: ella explicaba, en cada caso, por qué en esta casilla se pasaba rápido, en esta otra era necesario detenerse más tiempo... alguna, incluso, obligaba a retroceder: los porqué eran una exposición de la peculiaridad de cada concepto. Otra alumna tomó una página de Cortázar en la que dice que algunas palabras tienen ventosas, otras ganchitos, etc (para vincularse en discurso) y tomó también los conceptos centrales de la materia y explicó por qué tenían una u otra función de relación... o ninguna. Dos alumnos pidieron dar juntos su final: sacaron las guitarras y cantaron el programa en una payada...

aportes en la cátedra. En las comisiones trabajaríamos textos, filosóficos, psicológicos o literarios. Decisivamente se incluyó la proyección de películas<sup>5</sup>.

Cuando fuimos a protestarle por la actitud de alumnos que cuestionaban temas y autores, nos dijo pacientemente “el argentino tiene una máscara: ustedes apunten al que está detrás de la máscara”. Yo salí furiosa: ¿qué era ese apuntar?... pero fui capaz de dejar de temerlos y amarlos: pasé a sentir verdadero cariño e interés por cada una, por cada uno.

En un examen sabía preguntas que levanta el nivel, obligando a pensar. Como cuando yo rendía Psicología y hablaba sobre la influencia de la cultura y de la naturaleza, me preguntó qué consideraba más decisivo “¿la sangre o la tierra?”. Opté por la tierra, pero cuando vi que no le gustaba argumenté la primacía inicial de la sangre, pero la modelación final del paisaje, Aceptó sonriendo: era una forma de invitar a “pensar por sí mismo”.

<sup>5</sup> Entiendo que esa práctica está fundada en la tesis de Heidegger, cuando en “El origen de la obra de arte” afirma que la “obra”, pone en obra, a la verdad.